

tivos apostolados y en sus incansables propagandas. Por eso Voltaire, que destruye la sociedad antigua, no comprende á Rosseau, que trae la sociedad nueva; como Erasmo, que destruye la religión antigua, no comprende á Lutero, que trae la nueva religión. Mas uno y otro, Lutero y Rousseau, tienen las exaltaciones, los delirios, los arrebatos, los impulsos heroicos, los desmayos y las flaquezas, los ataques nerviosos, las inspiraciones súbitas, los desarreglos intelectuales y las vocaciones extraordinarias que distinguen á todos cuantos inician una nueva idea en la conciencia humana y abren una nueva edad en la Historia.

EMILIO CASTELAR.

MI REPÚBLICA

TRADUCCIÓN DE BERANGER

Me aficioné á la República desde que vi tantos Reyes; una he formado, y procuro dotarla de sabias leyes.

La bebida es su comercio, es su código la risa, su territorio mi mesa, la libertad su divisa.

Hoy el Senado se junta..... compañeros, copa en mano; proscribamos el fastidio por decreto soberano.

¡Qué *proscribir!*.... Tal palabra olvide nuestra ciudad; no hay fastidio donde triunfan regocijo y libertad.

Esta del lujo se ofende; y donde el contento vive no haya estorbo al pensamiento, que así Baco lo prescribe.

Cada cual libre profese el culto de su deidad; es lícito hasta ir á misa, lo manda la libertad.

La nobleza es un abuso; de abuelos nadie hablar debe; ¡títulos! ni aun al amigo que más ríe ó que más bebe.

Y si alguien aspira al Trono, por tanta perversidad ahoguemos en vino al César salvando la libertad.

Pongamos nuestra República de todo riesgo al abrigo; mas, al pacífico pueblo, asusta ya un enemigo.

Es Laura, que nos ofrece de amor la felicidad; reinar quiere, y es hermosa..... ¡Se acabó la libertad!

EL MARQUÉS DE VALMAR.

DOLOR TARDÍO

Era un melancólico día del otoño, llovía copiosamente, y las hojas de los árboles, cayendo sobre la humedecida tierra, semejaban otra lluvia más lenta y más pesada todavía.

Mr. Saval se acababa de levantar, triste como el día, é iba de la ventana á la chimenea, y de ésta á la ventana, con la regularidad de un péndulo.

¡Qué queréis! ¡La vida tiene días sombríos, y mucho más sombríos para quien, como Mr. Saval, cuenta setenta inviernos!

Vivía solo, era un viejo solterón que no tenía á nadie á su lado.....

¡Ah! ¡Qué triste es morir así, sin un afecto desinteresado, sin una mano amiga que nos acaricie y cierre los ojos después de muertos!

Mr. Saval, al mismo tiempo que andaba, iba pasando revista á su larga existencia, una existencia de élitico, solitaria y vacía: recordaba su pasado, su infancia, la casa paterna, el colegio, los días de asueto y vacaciones, la época en que estudió en París la facultad de Derecho; después la enfermedad y muerte de su padre..... ¡primera y dolorosa etapa!

Entonces, él corrió al lado de su buena madre, la consoló, se instaló con ella, y así vivieron los dos tranquilamente hasta que al fin murió también la bondadosa anciana..... ¡Qué triste es la vida! ¿no es verdad?

Pues aún era más triste la suya; pues ahora le tocaría á él, y muy pronto, morir sin tener á su lado una mujer, un hijo..... ¡Qué tristeza, Dios mío! ¡Qué tristeza!

¡Por qué no había tomado otros rumbos en la vida?... ¡Si hubiera hecho algo, corrido aventuras, gustado placeres, tenido éxitos ó satisfacciones de alguna clase!... Pero, no; ¡nada! ¡nada! ¡absolutamente nada!

Jamás había hecho otra cosa que vestirse, comer y acostarse á las mismas horas del día, todos los días del año; y de este modo había llegado á los setenta..... ¡Qué aburrimiento!

¡Por qué no se habría casado como los demás hombres? Bien hubiera podido hacerlo, pues tenía una regular fortuna; pero nunca se le presentó

ocasión favorable. ¿Es posible? ¿Y por qué no la buscó?... ¡Ah! porque era indolente, muy indolente; y en este mundo la indolencia hace desgraciadas á muchas personas á quienes, como á Mr. Saval, siempre las cuesta trabajo ir, venir, hablar y atender á sus asuntos.

A él no le había amado jamás mujer alguna; no conocía las deliciosas angustias de las citas, el celestial calofrío del apretón de manos, ni el éxtasis de la pasión triunfante.

Pensando en estas cosas, Mr. Saval acabó por arrellanarse en un sillón que estaba junto á la chimenea y..... siguió meditando.

Sí, su vida estaba rota, hecha pedazos; porque, para colmo del tormento que á la sazón le oprimía, él, Mr. Saval, había amado silenciosa y secretamente con su indolencia acostumbrada.

Había amado á su antigua amiga Mad. de Sandres. ¡Qué preciosa era entonces, en la época que la conoció!... Ahora tenía ya sus sesenta años.

Recordó las noches de tertulia pasadas en su casa, sus paseos, cierto día que muy de madrugada fueron al campo cargados de provisiones.....

¡Qué día aquel! Era uno hermoso de primavera, uno de esos días que embriagan, que todo parece más bello, en que el aroma de las flores es más grato y penetrante, más armonioso el canto de las aves, y en que todo sonríe así en el cielo como en la tierra.

Después de comer, á la hora de la siesta, en que todos dormían, Mad. Sandres se apoyó en el brazo de Saval y se fueron paseando á lo largo de la orilla del río.

De vez en cuando ella prorrumplía alegremente:

—Estoy borracha, amigo mío; he bebido mucho. Él la miraba enternecido.

Mad. Sandres, con las flores del campo, hizo una corona y, después de ceñirla á sus sienes, preguntó mimosamente á su compañero:

—¿Le gusto á usted así?

Él no respondió, porque no encontró palabra que decirle; de buena gana se hubiera arrodillado ante ella para adorarla; pero, como siempre, no se atrevió.

Entonces ella se echó á reír y dijo con cierto aire de malicia:

—¡Tonto! hable usted siquiera.

A él le dieron ganas de llorar, y por más que hizo, se quedó mudo como una piedra.

Mr. Saval recordaba ahora toda esta escena como si acabase de suceder.

¿Por qué le diría aquello? ¿por qué Mad. Sandres se apoyaba con tanta ternura en su brazo? Recordó que al pasar junto á un grupo de árboles sintió en su mejilla la oreja de ella, y que él se retiró bruscamente temeroso de que la molestase tal contacto.

Al regresar de su excursión por la orilla del río, ella iba silenciosa y no se apoyaba ya en su brazo..... ¿por qué?

Nunca se había explicado la razón; pero ahora creía comprender algo el enigma que encerraba ese *por qué*.

¿Sería?...

Mr. Saval se levantó de la butaca, enrojecido y trastornado, como si cuarenta años atrás Mad. Sandres le hubiese dicho:

—Le amo á usted.

¿Sería verdad? La idea que acababa de despertar en su espíritu le atormentaba. ¿Sería verdad y él no lo había adivinado?

De ser esto cierto, ¡ah! entonces había pasado junto á la felicidad sin haberla poseído.

De pronto, Mr. Saval, prorrumplió:

—Quiero saberlo; no me es posible soportar esta duda; ella y yo somos ya viejos, y á nuestra edad, se pueden preguntar esas cosas sin reparos de ser indiscretos.

Se vistió de prisa y corriendo; salió, de una zancada atravesó la calle, y se fué como una flecha á casa de Mad. Sandres, su vecina.

La criada, al abrir la puerta, se quedó asombrada.

—¿Usted por aquí, tan temprano! ¿Le ha ocurrido algo, Mr. Saval?

—No, hija mía; pero anúnciame á tu señora, á quien deseo hablar en seguida.

—La señora está en la cocina haciendo compota; aun no se ha vestido ni peinado, y como usted comprenderá.....

—Bueno, bueno; dile que tengo que hablarla de una cosa muy urgente.

La criada se retiró, y Mr. Saval se puso á pasear lleno de impaciencia; de allí á poco apareció la anciana Mad. Sandres con los brazos desnudos y las manos llenas de melote.

—¿Qué tiene usted, amigo mío? ¿está usted enfermo?

—No, no, mi excelente amiga; pero tengo que hacer á usted una pregunta, para mí de mucha importancia, y que desde hace una hora me está atenazando el corazón! ¿Promete usted responderme con franqueza?

—Lo prometo.

—Pues bien; yo la he querido á usted siempre, siempre, desde el día primero que la vi. ¿Lo comprendió usted? ¿Se ha dado cuenta de ello?

Ella, entonces, exclamó riendo y con el acento que recordaba el de otros tiempos:

—¡Tonto! lo comprendí desde el primer instante.

Saval, tembloroso, balbuceó:

—¡Ah! ¿conque usted lo sabía? Entonces.....

Y se paró en seco.

—Entonces, qué? dijo ella.

—Entonces..... ¿qué pensaba?... ¿qué sentía usted?... qué..... qué..... ¿qué hubiera usted respondido?

Hubo una pausa, al cabo de la cual, con voz relativamente más serena, prosiguió Mr. Saval:

—¿Recuerda usted un día que estuvimos de campo? Después del almuerzo, usted y yo, solos, nos fuimos á pasear á la orilla del río y paseamos juntos durante largo tiempo. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, lo recuerdo.

Mr. Saval, estremeciéndose, prosiguió:

—Y bien, si ese día..... yo..... hubiera sido..... así..... más atrevido..... ¿qué hubiera usted contestado?

Mad. Sandres sonrió y exclamó con voz llena y un tanto irónica:

—Pues..... le hubiera á usted contestado que..... sí..... porque también le amaba.

Y dando media vuelta, desapareció, volviéndose á la cocina en busca de su compota.

Mr. Saval salió á la calle, anonadado, como si hubiese sufrido un espantoso desastre.

No andaba, corría bajo la lluvia, y sin saber á dónde iba se encaminó hacia la orilla del río; cuando llegó, torció hacia la derecha y siguió adelante; su vestido chorreaba agua; el sombrero, deformado, goteaba como un alero, y á pesar de todo, seguía avanzando hasta que llegó al sitio donde cuarenta años atrás estuvo de merienda y paseó llevando sobre su brazo el de Mad. Sandres.

Entonces se sentó bajo los árboles, á la sazón desnudos, y lloró copiosamente.

MAUPASSANT.

EL JETIFE DE EGIPTO

Algo sobre el último soberano de Egipto.
Los Jetifes.—El país.

El Jetife Mehemet Tewfik I, cuya muerte acaba de comunicarnos el telégrafo, subió al poder por abdicación de su padre Ismaíl, el 8 de Agosto de 1879, y recibió la investidura de su alta jerarquía el día 14 del mismo mes y año. Se había casado en el mes de Enero de 1873 con Emineh Hanem, hija del príncipe Hamy Pachá.

De este matrimonio tuvo dos hijos: el Príncipe Abbas Bey, que nació el 14 de Julio del año siguiente, y el Príncipe Mehemet-Ali-Bey, que nació en 1876.

Era Tewfik I simpático, afable, y enérgico al mismo tiempo. Como político, dió muestras de una sagacidad y una discreción verdaderamente notables.

Mantenia relaciones de buena amistad con todos los soberanos de Europa, dando pruebas de un tacto y una doble vista digna de encomio en la cuestión referente á Inglaterra, que durante tanto tiempo ha hecho fijar la vista de todos en el país de los Faraones, objetivo de las ambiciones de la nebulosa Albión, y últimamente de Francia.

En los trece años de su reinado ha sabido ir llevando por buen camino, lo mismo los grandes intereses de su patria, en lo que á la integridad del territorio se referían, que en lo que á los negocios públicos interiores, mejoras y reformas del organismo social estimaba más conveniente.

Ojéense, en prueba de todo esto, las últimas páginas de la historia de Egipto desde el año 1879 hasta el presente; y en cuantos sucesos han tenido lugar, en cuantos actos de gobierno se registran, que no han sido pocos, se verá siempre presidir un criterio claro y un espíritu patriótico que honra por siempre la memoria del último soberano de aquel hermoso país, cuya antigüedad se pierde realmente en lo que da en llamarse, noche de los tiempos.

Las condiciones que han empezado á notarse en el joven príncipe, quien según todas las noticias que se reciben, será proclamado en uno de estos días, y á gusto de todos, Jetife de Egipto, hacen fundadamente concebir esperanzas muy halagüeñas de su virreynato.

Ha nutrido su inteligencia en notables aulas, y del colegio Teresiano ha salido para su país al saber la muerte de su padre, que le ha impresionado profundamente, pues Abbas tenía á Tewfik entrañable cariño.

Pronto presidirá por vez primera, y en edad corta todavía, el Consejo de Ministros de Egipto, que se compone de ocho carteras asimiladas á las nuestras.

Se compone además la alta Administración de cuatro Secretarios generales y tres Directores, y á semejanza de los imperios del Norte de Europa, hay una gran jerarquía militar: el Jefe del Estado Mayor del ejército.

Se compone la casa del Jetife de un Secretario para la correspondencia europea, otro para la turca, un maestro de ceremonias, un guarda-joyas y un médico.

El Jetife ejerce el poder como Príncipe tributario de la Sublime Puerta desde 1867, y lleva los títulos de Jetife y Alteza.

Será tarea larga la de ir enumerando todas las fases de la política en Egipto en estos últimos